

Jessica C. LOCKE (ed. crítica y estudio preliminar). «Es grande el poder de la poesía». *El Libro segundo de la Relación historiada de las solemnes fiestas que se hicieron en la muy noble y leal Ciudad de México al glorioso padre y esclarecido patriarca san Pedro Nolasco (1633)*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2019.

La edición de la literatura novohispana es, aún en nuestros días, una asignatura pendiente. Muy pocos son los autores cuya obra ha merecido un rescate integral y una cuidadosa edición por parte de algún estudioso: sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón, Luis de Sandoval Zapata. Lo habitual, por el contrario, es que la mayoría de las obras literarias de este período cuente únicamente con una primera edición antigua; otras muchas, manuscritas, desde hace siglos aguardan los honores de la imprenta. En buena medida, pues, las letras virreinales duermen bajo el polvo de las bibliotecas, los archivos y los fondos reservados.

La indiferencia de los editores modernos quizá se acentúe frente a particulares géneros o subgéneros literarios que, considerados desde cierto punto de vista y a causa de numerosos factores, han resistido mal el paso del tiempo. Estos, a pesar de haber sido abundantes y ampliamente leídos en su época, han sido despreciados a lo largo de los años por los estudiosos y descartados en bloque bajo el mote de «literatura de ocasión». Como es de esperarse, esa literatura, en consecuencia, no ha gozado de ediciones modernas que la pongan al alcance de los lectores. Pienso, concretamente, en el caso de las relaciones de fiestas, textos en que los autores novohispanos desplegaban toda su pirotecnia retórica para dar cuenta de las procesiones, los arcos triunfales, las piras fúnebres y otras manifestaciones culturales asociadas al complejo engranaje de las celebraciones públicas del virreinato. Dentro de este grupo se incluyen aquellas obras que ofrecen una relación de los múltiples certámenes poéticos que se celebraron en Nueva España desde finales del siglo xvi hasta los albores del xix.

Dicho lo anterior, la edición que publica Jessica C. Locke del certamen convocado por la Orden de la Merced en honor a san Pedro Nolasco en 1633 es, en

muchos sentidos, extraordinaria, y merece ser recibida con entusiasmo por los especialistas de la literatura novohispana y por cualquiera que se interese en el devenir histórico de las letras hispanoamericanas. He de decir que el trabajo de Locke es extraordinario por dos razones. Por un lado, da a conocer un tipo de obra que no suele llegar a la imprenta en nuestros días, y cuyo manuscrito, debido mayoritariamente a fray Juan de Alavés, se mantuvo por muchos años resguardado e inédito en la Biblioteca Nacional de México. Por otro, la editora hace mucho más que solo dar a conocer el certamen: nos restituye el texto con un rigor filológico innegable, y lo acompaña de un nutrido aparato de notas, así como de un amplio y documentado estudio preliminar. Añadiría el hecho, a mi ver nada desdeñable, de que Locke restituye esta obra con pasión: a lo largo de sus páginas, es evidente el vivo interés por el certamen, sus organizadores y participantes, los acontecimientos que lo circundaron. No basta, pues, con exhumar las obras novohispanas; hay que, además, hacerlas atravesar, como en este caso, por un proceso tal que las restituya a nuestro propio tiempo. En su famoso *Manual*, asegura José Manuel Blecua que «una edición crítica descuidada sólo sirve para hacer perder el tiempo a quien la hace y a quien la padece». Hacer una edición ramplona, o francamente mala, equivale, en última instancia, a no hacerla.

A diferencia de los celebrados en nuestros tiempos, un certamen novohispano conllevaba un vasto ritual celebratorio —del cual la recepción y premiación de los poemas constituía sólo una parte— e involucraba a todos los estratos de la sociedad. Por eso, como afirma la propia Locke: «el evento poético debe enmarcarse tanto en su contexto histórico-literario como dentro de la tradición de las fiestas religiosas en la sociedad novohispana del siglo xvii» (16). El certamen que aquí nos ocupa tendría que haberse

celebrado poco después del mes de septiembre de 1628, fecha en la que se llevó a cabo la canonización de san Pedro Nolasco, motivo del festejo. Sin embargo, la celebración tuvo que aplazarse hasta 1633, debido a que las grandes inundaciones acaecidas entre 1629 y 1630 dejaron prácticamente sumergida a la Ciudad de México. Todavía en el año en que el certamen finalmente se convocó, numerosos espacios de la urbe permanecían bajo el agua; por eso, aquel ritual celebratorio, que habitualmente incluía fastuosas decoraciones, conciertos, procesiones y fuegos artificiales, se vio considerablemente reducido, aunque no del todo agitado.

Como ocurre con la mayoría de las relaciones de certamen, esta *Relación historiada* de 1633 se compone de dos libros o secciones: el segundo, editado por Locke, es el que da cuenta de los poemas y poetas ganadores; el primero, que aún permanece inédito en el manuscrito, se encarga de dar cuenta de los festejos. En el amplio estudio preliminar la editora ha reconstruido con detalle, a partir de la primera sección de la obra y de otras fuentes, las particularidades de la fiesta; ello es suficiente para que un lector contemporáneo contextualice adecuadamente los poemas del certamen. No obstante, creo que es indispensable que, en un futuro no muy lejano, alguno se dé a la labor de editar el *Libro primero* de la *Relación historiada*; creo también que la edición crítica de los certámenes novohispanos, área en la que este libro de Locke es ciertamente pionero, deberá abarcar preferiblemente las dichas dos secciones de las relaciones, ambas igualmente importantes para la comprensión del fenómeno literario-social en su conjunto.

No solo es indispensable para una correcta apreciación de los poemas de certamen una reconstrucción de los festejos circundantes, sino también de sus exigencias formales y temáticas. Los concursos poéticos de la época se convocaban a raíz de un acontecimiento especial y todas las composiciones remitidas giraban en torno a dicho acontecimiento, en este caso, la canonización de san Pedro Nolasco. Solía entablarse un parangón entre el personaje celebrado y alguna otra entidad: en este preciso concurso, entre el santo y el sol, astro que rige con majestad sobre el resto de los planetas. A partir de ese parangón, al que me gusta llamar *supra-concepto*, se iban derivando los diferentes sub-certámenes o categorías del concurso: así, la primera de las categorías la regía o convocaba la luna, la segunda, Mercurio, y así sucesivamente. En cada una de estas, se exigía a los concursantes el tratamiento de un tema específico –relacionado tanto con el planeta

correspondiente como con un episodio de la vida de Nolasco– en una forma determinada –por ejemplo, décimas, sonetos u octavas. En cada una de las categorías se otorgaban, por lo general, premios en especie a los 3 primeros lugares. Quienes contendían en estas justas no contaban, como ocurre en los concursos poéticos de nuestros días, con la prebenda de la forma y el tema libre.

Como puede verse, la correcta lectura de los poemas de certamen exige al lector una cantidad considerable de información, mucho más de la que pueden ofrecernos los poemas en sí mismos. Considerada en aislado, cualquiera de estas composiciones nos dejará ver apenas una de sus varias facetas. El mayor acierto de la edición de Jessica C. Locke es quizá la escrupulosa y exhaustiva reconstrucción de las exigencias del certamen: la editora se ha asegurado de que el lector cuente con todas las herramientas necesarias para aventurarse en el desciframiento de los textos. Esas herramientas las provee en un dilatado apartado del estudio preliminar, en el que analiza una a una las secciones del certamen, en las notas que echan luz sobre la mitología grecolatina y la hagiografía del santo y, particularmente, en los tres utilísimos apéndices: la reproducción y transcripción del precioso cartel original con que se convocó a la justa y en el que se daban a conocer sus requisitos, así como una lista de los autores que hacen su aparición en el certamen y de los curiosos y suntuosos premios otorgados, entre los que se cuentan, por ejemplo, «un anillo de plata con tres jacintos» (299), «un rosario de coyol» (301) o «una vitela de san José en carey y oro» (300).

Aunque cada uno de los certámenes celebrados durante el período virreinal mexicano presenta rasgos únicos e interesantes, este celebrado en 1633 ocupa, en la historiografía de nuestras letras, un lugar excepcional. Ya en 1939, la académica norteamericana, Dorothy Schons, hacía notar, antes que nadie, que en este certamen eran ya perceptibles los primeros rasgos del gongorismo que, en las décadas siguientes, terminaría por constituirse en la norma dentro de este y otros terrenos literarios. La observación, muchos años después, fue retomada y confirmada en *El gongorismo en Nueva España. Ensayo de restitución*, de Martha Lilia Tenorio (México: El Colegio de México, 2013). Jessica C. Locke no deja de lado esta gongórica cuestión y le dedica en el estudio introductorio un apartado certero e inteligente, que a un tiempo sintetiza los juicios de sus antecesoras y aporta los propios. Luego de un rastreo y valoración de los diferentes rasgos estilísticos del cordobés

presentes en algunos de los autores de la *Relación historiada*, concluye:

los poetas [...] se esforzaron en mostrar que no sólo estaban familiarizados con la obra del cordobés, sino que también podían [...] manejar el [...] gongorismo en sus propios versos. [...] los integrantes del jurado también querían mostrarse conscientes de que ellos mismos, al poder reconocer el empleo de dicho instrumento en las poesías concursantes, pertenecían asimismo a la élite cultural de la sociedad virreinal. Todos ganaban, pues, poetas y jueces, al reconocer la presencia del nuevo estilo (101).

No deja de ser curioso el hecho de que haya sido una estudiosa norteamericana la primera en llamar la atención sobre este certamen —el primero en dar muestras de ese estilo que dominaría en el virreinato durante los siguientes dos siglos— y que haya sido también una compatriota suya la que, casi cien años después, haya logrado, por fin, llevarlo a la imprenta.

El acendrado gongorismo de este y del resto de los certámenes del período, entre otros malabares poéticos, fue justamente la causa del desprecio que sobre ellos se cernió durante el siglo XIX, desprecio que en el XX devino más bien en indiferencia. Pero las sensibilidades cambian: nosotros, lectores del siglo XXI, no nos espantamos ya de los extremados hipérbatos, los acrósticos, los retrógrados y los consonantes forzados. A pesar de las inundaciones, del desdén de la crítica y del polvo de las bibliotecas, Jessica C. Locke ha rescatado del olvido este *Libro segundo* de la *Relación historiada* y con ello nos devela una riquísima porción de la literatura y cultura novohispanas. La edición es, además, como he dicho, pionera: alienta y señala la senda que en los años venideros otros podrán seguir hacia el rescate y la elaboración de ediciones críticas, cuidadosas y apasionadas, de los certámenes poéticos del México virreinal.

JORGE GUTIÉRREZ REYNA
Universidad Nacional Autónoma de México